

Nocturno en el patio de los leones

UBALDO GUTIÉRREZ MARTÍNEZ

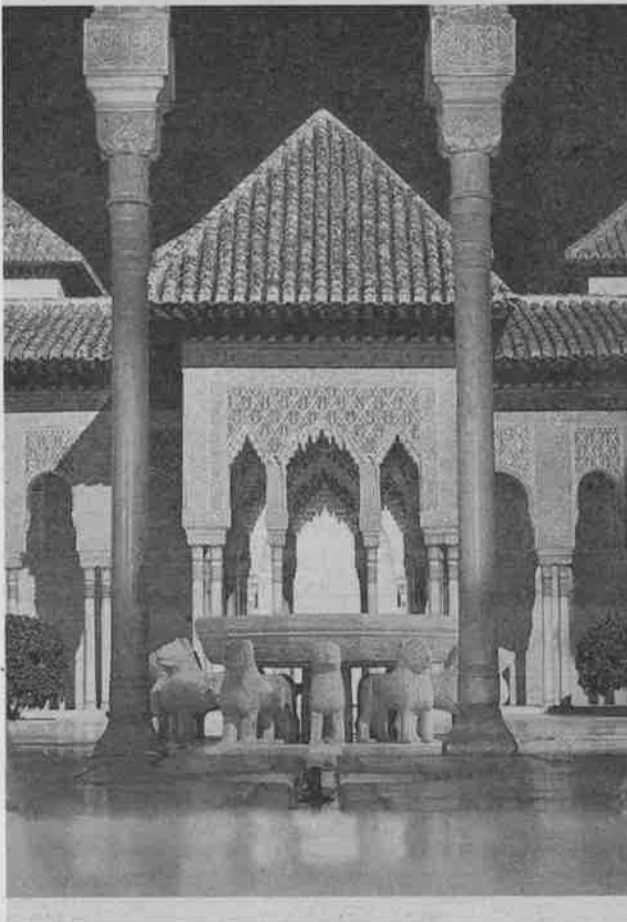
«La Alhambra se hizo para ser vista de noche... Algunas de sus partes, que a la luz del sol casi carecen de cualquier significado, parecen rebrotar por completo en la oscuridad». La cita de J.B. Trend es recogida por Robert Irwin en su obra *La Alhambra*; otro regalo de la pasión cultural de Jerónimo Páez y de la Editorial Almed. Pequeño en formato pero grande en contenido, ojeo este libro antes de cada visita

Añado que no solamente de noche, sino con lluvia; aunque a Gerald Brenan le desagradara el conjunto de la construcción e incluso le pareciera «...ese glorificado cenador... bajo una llovizna constante, pobre y desaliñada, igual que una gitana sentada bajo un seto mojado».

El frío inhóspito e invernal tiene una ventaja: únicamente he dejado atrás a seis turistas antes de llegar a uno de mis puntos preferidos. Desde la esquina izquierda de la cara oeste del patio, recostado un hombro sobre la pared: así es como me gusta contemplar la fuente que parece soportada por doce leones. Son feos. Rememoro —no sé si con exactitud— las palabras de Richard Ford: «sus caras están asadas a la parrilla, sus melenas grabadas como escamas y sus patas parecen las de una cama, mientras que el caño que tienen en sus bocas no les confiere mucha dignidad». Bebí de dos de ellos en mi primera visita, cuando tenía trece años; días después, mirando fotografías, no fui capaz de adivinar en cuáles había saciado la sed. En una segunda ocasión decidir probar el agua de todas las bocas. Las de los doce que simbolizan —repiten osadamente las guías— las doce tribus de Israel. Pero ya sabemos..., las más bellas interpretaciones suelen ser erróneas y aventuradas. Están tallados en el siglo XIV y no en el XI, aunque F. Bargebuhr haya sugerido que provenían de algún palacio judío. La hipótesis, por sugerente, merecería ser cierta: Ibn Negrella, el judío inspirador; Ibn Gabirol, el judío poeta que plasmó en verso su descripción.

La lluvia, entrecortada por claros de luna, produce reflejos que me facilitan imaginar los colores que policromaban todo el conjunto. Y ¿por qué no los mismos leones? Puestos a soñar... ¿Melenas doradas o azul cobalto? Sonríe a la noche y echo de menos un cigarrillo. Cuántas veces recuerdo haber fumado aquí, en este ángulo, escuchando el fluir del agua.

Pero no, no es serenidad lo que la estampa me inspira. Lo que veo es siempre una belleza inquietante. No es calma, sino desasosiego lo que me produce. Persona y edificio tienen distintos tempos, y los nuestros (el mío y el del Patio de los Leones) no están acompasados. Cuando comienzo a caminar por el lado sur del rectángulo, tal es mi posición que la luz de la luna me permite ver la sombra de mí mismo más alargada que jamás he visto. Una sombra de cinco o seis metros. Y me hace reflexionar sobre quién soy yo ¿el de carne y hueso o el impalpable e intocable de la sombra desmesuradamente alargada? Y



la arquitectura parece tambalearse, dispuesta también a desconcertarme. El rectángulo del patio ¿es imperfecto? Las más de cien columnas casi bailan, parecen inclinarse, moverse y convertirlo en trapecio. También inquietante esa geometría ahora irregular, móvil por instantes, titubeante, efímera. Cuatro canales de agua, como cuatro caminos entre los que se debiera elegir, lo dividen en cuatro porciones. No sabemos si hubo jardín en cada una de ellas. Y si lo hubo, no sabemos si estaba hundido, para que no impidiera contemplar la taza de la fuente. Quizá todo el patio estaba cubierto de pavimento de mármol. A mí me gusta imaginar naranjos y cipreses, porque otro de los matices que me inquietan del Palacio es —así lo interpreto— su decadente nostalgia, su estética sofisticada y marchita. Ibn Jaldún dejó escrito que naranjos y cipreses son el signo de una cultura sedentaria, «según los eruditos, cuando en una ciudad se ven crecer muchos naranjos, anuncia ésta su propia ruina». Es posible que una cultura que ha alcanzado su cénit solo desee descansar, disfrutar de lo conseguido, «siembran jardi-

nes y disfrutan de la vida». Es el lujo que representa el haber dejado atrás la aventura y el riesgo del nómada. Es la calma y es el placer, simbolizados en estos árboles inútiles que no dan fruto comestible, que solo son un lujo cultivado por su belleza externa.

La tenue lluvia y los reflejos de la luna alargan y acortan también otras sombras: las de los fantasmas antiguos del lugar. Siluetas que cruzan moviéndose al compás ondulante de la llama de velas imaginadas que iluminan el palacio desde abajo. Desde abajo, como debió ser realmente la luz artificial en el patio..., candelabros sobre el enlosado de mármol. Ahora, sentado en el escalón de la puerta sur, la de la Sala de los Abencerrajes, recuerdo que en el bachillerato leí aquella novela de Chateaubriand que le da nombre. Sentado casi en el suelo, como se debe ver el palacio, adoptando el punto de vista correcto, el de quienes lo habitaron en el siglo XV, trato de alcanzar con la mirada la ventana de enfrente, el vano geminado del Mirador de Daraxa. Buena perspectiva para una despedida. Acaso no haya otro sitio mejor para el adiós y por eso la sombra fantasmal de Abu Abdallah Muhammad XII, el último sultán de Granada, ha venido a sentarse a mi lado. Después, ya lo sabemos, llorará como mujer... «Qué desdichado hubo de ser el hombre que perdió todo esto»: lo dijo Carlos V, pero lo pensamos todos.

Dejo a Boabdil en su tristeza y vuelvo a pensar en la geometría inquietante del recinto. Quienes hicieron el diseño, Ibn al-Jatib e Ibn Zamrak, consiguieron todo un depurado logro de matemática; tanto que al ojo humano le es muy difícil captar su efecto visual. Es Owen Jones quien lo expresa mejor: «las proporciones más bellas son aquéllas que más trabajo le cuesta detectar al ojo». Modelos geométricos complejos, relaciones entre números enteros e irracionales y, sobre todo, proporción. Pero no la manida proporción áurea a la que recurren quienes con lo que ignoran pretenden, ingenuamente, hacer novelas. Lo incierto puede resultar literario, pero es incierto. La interpretación de Fernández-Puertas es, sin embargo, de una pureza sublime: el tamaño del Patio de los Leones se fijó construyendo un rectángulo generado por las diagonales que salían de las esquinas de la pared Este de la Sala de los Mocárabes. Es la sencilla proporción entre 1 y la raíz cuadrada de 2. Es Pitágoras: un cuadrado cuyos lados midan 1, ha de tener una diagonal que sea igual a la raíz cuadrada de 2. Construyamos ahora un rectángulo cuya base mida 1 y cuyo lado sea la raíz cuadrada de 2; su diagonal será entonces la raíz cuadrada de 3. Siguiendo la secuencia podríamos seguir generando rectángulos indefinidamente... Cuadrículas rectangulares que se hallan en la Alhambra por todas partes..., generadas siempre a partir de las raíces cuadradas de 2, 3, etc.

Y si todo es perfecto, por qué esa percepción del Patio como algo inquietante. Orden, armonía, medida, equilibrio, simetría, proporción... Quizá sean, precisamente estos valores, la causa de mi desasosiego. Necesito no pensar y busco el paquete de cigarrillos al mismo tiempo que me encamino hacia la salida. Afuera, la bocanada del humo reparador.

Creo que puedo sentirme razonablemente satisfecho de mi estudio y conocimiento del islam. Durante cuatro decenios he ejercido como docente universitario de disciplinas con él relacionadas en facultades de la Universidad granadina. Por tanto, no ando ayuno de preparación y conozco bien el paño como para siquiera emitir unas opiniones acerca de la barbarie yihadista que vivimos actualmente.

No es cosa de hoy. La funesta y sangrienta yihad (considerado casi como uno de los pilares del islam) arranca desde los primeros tiempos en que la «islamidad» se proyecta sobre distintos objetivos territoriales con cumplida carga militar y fanática. Son muy numerosas las menciones a ella que podemos encontrar en el Corán. Siempre con intenso ardor guerrero, sirven de referente a los actuales combatientes «fi sabili Allah»

La barbarie yihadista

EMILIO DE SANTIAGO

(«por la senda de Dios»). Valgan como botón de muestra estas aleyas: «Matadles donde deis con ellos [los infieles] y expulsadles de donde os hayan expulsado» (azora 2, 191), «¡Que no crean los infieles [cristianos y judíos] que van a escapar! ¡no podrán! ¡preparad contra ellos toda la fuerza!» (azora 8, 60) o «Acometed [a los infieles] en destacamentos o formando un solo cuerpo» (azora 4, 71). Ya me dirán dónde puede hallar las motivaciones para sus salvajes atrocidades el yihadismo, gente tan fa-

natizada y sin la menor noción de cultura. El islam, una religión de paz, tal como se la define por algunos, parece andar muy distante de estos paradigmas sagrados tomados al pie de la letra. La «volonté de vivre ensemble», que propugnaba el eminente islamólogo francés Louis Massignon se concibe, asimismo, con cierta dificultad ante semejantes principios fundamentalistas, trato a la mujer incluido.

Existe metafísica incapacidad del totalitarismo islámico para incorporarse al marco de la democracia que rige en la política del Occidente civilizado. No se puede partir desde una teocracia berroqueña para asimilar como propio el Estado de derecho, tan distante de los anacrónicos principios legales de la «sharía». Los «huquq Allah» («derechos de Dios») abrogan los Derechos Humanos. Quienes viven instalados en pleno Medievo no son capaces de inse-

rirse en las abiertas libertades que garantiza el mundo demócrata contemporáneo. Y aquí, radica el insalvable valladar que separa a unos de otros. No se comparten reglas idénticas de convivencia. Imposibles cualquier acuerdo o alianza, como aquella solemne bobería llamada Alianza de Civilizaciones que ideara, en su momento, la pertinaz torpeza política de Zapatero.

Item más, puedo afirmar, sin riesgo alguno de yerro, que, hasta donde se me alcanza, nunca tendrán pacífico sosiego ni freno quienes, enardecidos con las soflamas («jutbas») de hueca y amenazante retórica proclamadas por siniestros imanes, generan el miedo y la psicosis colectiva allá por donde pisan. Y no es esta alteración social cosa baladí. Los criminales atentados yihadistas están programados con precisión y conocimientos realmente sorprendentes. Nada de «lobos solitarios». La

subvención económica de estas tropelías y el suministro de armas para cometerlas es lo que debiera conocerse por Occidente y no evitar su investigación, no sea que topen con algunos países con los que conviene la buena relación por diversos motivos. Económicos, claro está. Son unos pocos acaudalados, pero son. Por cierto, carentes de la tolerancia religiosa que los países occidentales garantizan.

No me gusta, en absoluto, hacer vaticinios apocalípticos ni cosas por el estilo, pero nos queda, si Occidente no media con la debida contundencia y el rearme ideológico, mucho por ver aún en materia de estragos islamistas. Los horrores de Nigeria, Somalia, Siria, Irak, Pakistán o los luctuosos asaltos llevados a cabo contra periodistas e ilustradores del semanario satírico francés 'Charlie Hebdo' y el supermercado judío pueden constituir sólo avisos liminares.